COORDENADAS HISTÓRICAS DE LA VIDA DEL P. FEIJOO

Sean mis primeras, breves y muy verdaderas palabras, las de agradecimiento por la honra concedida a mi persona de inaugurar el nuevo curso de la Sección de Ciencias Morales y Políticas del ilustre Ateneo de Santander, con una disertación de tema particularmente grato para quien os dirige la palabra. Veo en ello la cortesía y la vieja leal amistad de don Ignacio Aguilera. Sabe vuestro insigne Presidente cuán profundo y acendrado, a lo largo de muchos años, es mi devoción a Santander, a sus mañanas invernales de luz votiva ofrecida en el cristal de la bahía, a la noble composición de grises y verdes de sus paisajes marinos y pastorales, a la insinuación y constante ejemplo contra lo vulgar de las altas cumbres y los fuertes y elevados caracteres. Conozco las luces y las sombras de las calles de Santander a lo largo y en el giro de las estaciones del año, y puedo, en el trazado de la bella y clara ciudad actual, evocar y componer de nuevo, adiestrado en la técnica sentimental de la "saudade" timbre de mi estirpe gallega, la gracia rumorosa de las calles de la Blanca y San Francisco, los acordes de lluvia y piedra de la Rúa Mayor, los descansos de la Ribera, los fondos de novela balzaciana o galdoniana, de la calle de Atarazanas, las noches llenas del grave y optimista pneuma oceánico. Tal vez mi querido y admirado amigo quiso honrar en mí el claustro del Instituto Cántabro, de cuando él seguía con aplicación sus cursos, de los años 19, 20, 21, de cuyo cuadro de catedráticos es quien os habla uno de los contadísimos, si no el único viviente, por la bondad del Señor. "Rari nantes in gurgite vasto", estamos

tentados a repetir con el poeta para enseguida rectificar. No hubo naufragio ni catástrofe. Bastó la implacable operación del tiempo y sus riesgos en cada uno, y en algunos de aquellos inolvidables amigos la pesadumbre dos los muchos días, la edad "harta enfermedad", como concluye traduciendo a un clásico latino un ilustre humanista español.

Con gusto y emoción no poco melancólica me uno al posible homenaje, y saludo con todo respeto y afecto a los componentes de la Sección de Ciencias Morales y Políticas y a su digno Presidente. Acrece mi agradecido sentir, el rumbo y problemas elegidos para este curso. Es el P. M. Feijoo el cruce de muchos caminos, el suscitar de muchos problemas, tantos o casi tantos como los que incesantemente planteados y renovados integran, y muy en particular para España, la fábrica, delicada y fuerte, nunca perfeccionada a pesar de su primera e íntima motivación, entrañable al espíritu como su proyección creadora, ingenua y capciosa, infinitamente matizada, de la cultura. Nuestro siglo XVIII no podría ni ser teóricamente propuesto en su menor problema sin la crítica del Padre Feijoo, como tampoco el pensar del monje del *Teatro Crítico* ni su tiempo ni el siguiente, sin la acción de la poderosa fragua del XVII, yunque en que resonaron y se encendieron los más irreductibles metales del pensamiento, centuria pródiga en ejemplares y terribles caracteres, rigurosa e íntegra dedicación, ejercicio apasionado hasta los últimos límites de los problemas de la conciencia. En tal centuria de lejos o de cerca, más bien de cerca, se fraguaron el intelecto y la íntima dedicación del P. M. de la orden benedictina. La prehistoria de su personalidad como publicista importa tanto como la clara historia de su empresa, polémica y triunfo, y de las variaciones muy significativas de las críticas suscitadas hasta nuestros días por el gran maestro de la crítica después de su muerte.

La universalidad de los saberes, el nunca cansado interés científico, atrae en la primera visión superficial de los escritos del maestro Feijoo y nunca deja de impresionar en su estudio metódico. Sin duda, en intención, llegaría casi a coincidir con las fronteras de la ciencia de su tiempo de ser legítimo pensar un "limes" de aproximada exactitud en la apasionante aureola y penumbra del saber. Pudo escribir con entera justicia el docto caballero don Luis de Salazar y Castro al conocer antes de su edición algunos o muchos pliegos del primer tomo de la impre-

sionante serie feijoniana: "Ciertamente un monje que con tanta claridad descubre los errores del mundo desde el retiro de su claustro, es un sol que registra toda la tierra sin salir de su cielo."

A los dos siglos de la ejemplar muerte de Feijoo parecen definitivamente sorprendidas en su inicial frescor de revelación íntima, casi inefable, las fuentes originarias de su pensamiento. No suene a paradoja, ni siquiera con el acento de alegre escolar en vacaciones de las paradojas del Padre Maestro, nuestro convencimiento de ser la franca posición dialéctica, la claridad del designio y de un riguroso programa de reforma, consecuencias importantísimas pero exteriores de una íntima y votiva progresión metafísica, inseparable de la vocación teológica en el espíritu del autor de *El no sé qué*, *El aforismo exterminador* o *No ven los ojos, sino el alma*. En dos centurias de ardiente creación, únicas en la historia de la cultura occidental, comparables a las auroras del grave y gozoso pensar de los filósofos presocráticos o a la inspirada eclosión de la rosa inmarchita del arte y el sentir "románicos" del mundo y del trasmundo. Siglos de ciencia rápidamente cuajada en eficaz clasicismo, con la gracia y el poder indiscutidos de una racionalización ni aun soñada como posible por los "ilustrados" de la corte de Federico II, los puritanos de la ciencia aplicada en Escocia, los exigentes círculos reformadores de la "Mittel Europe". Y también la prueba decisiva del metal del espíritu y de su grandeza: la crisis de los mismos postulados del saber científico, las subversiones del instinto y de lo inconsciente y la soledad del hombre, desamparado, entre jóvenes ruinas. La prueba y crisis de nuestros días no hubiera desazonado la voluntad combativa de Feijoo. No podría dolerse del fracaso teórico de la ciencia saludada en el XVIII central como juvenil y segura, y hermosa en su ascensión a las cumbres luminosas. Enamorado de los aspectos y promesas de la luz en el mundo, alentaba el Padre Maestro en la verdad prometida y futura vivencia de la fuente de tal "bellísima criatura".

Suele tenerse por autor fácil a Feijoo, de pensamiento en todo momento acompasado a la circunstancia. Declara, reiteradamente, no adherirse a ninguno de los sistemas en su tiempo en lucha y alguno grato muy particularmente a su espíritu. Un espíritu que podríamos calificar como "a nativitate" analítico y gozoso en la búsqueda incesante de la verdad relativa, con todo el posible ejercicio a un tiempo deportivo y educador de la facultad intelectual, tanto más ejemplar cuanto con el

diario y encendido pensar, muchas veces batido en la dura polémica, crecía fortaleciéndose en el espíritu del gran doctor benedictino, la hermosa convicción y cierta esperanza de la verdad absoluta. Cada nueva iniciación, toda vuelta con espíritu vivificador al pasado, le confirmaba, íntimamente, en la realidad trascendental de la Revelación. En el juego exterior de múltiples apariencias, obligado al cumplimiento de un programa vasto, exigente, peligroso, nunca dejó de obedecer Feijoo el inicial sentido implícito en sus votos. Su vida y obra ilustran y comentan los preceptos esenciales de la Regla de San Benito. Pensada para todos los siglos, debe acomodarse a los términos en los que en cada tiempo se plantea la lucha y problemático del destino del hombre. Hubiera Feijoo combatido en pro del credo esencial en los siglos de ardientes vivencias de la Teología. Como el apóstol de los suevos, San Martín de Braga, Dumiense, no vacilaría en derribar con brillante segur el encantado bosque, la floresta seductora y melancólica de los mitos, atracción nunca vencida, renovado crepúsculo imaginativo, invitación siempre prestigiosa en las sucesivas y variadas formulaciones simbólicas para el espíritu de las generaciones galaico-portuguesas. No hubieran estimado tal insinuante presencia los críticos decimonónicos sobre el carácter y designio de Feijoo. Hoy, a los dos siglos de su último escrito frustrado por el primer embate de la dolencia mortal —una glosa brillante de pura esperanza a un comentario paulino de la luz increada—, nos parece indispensable a la mejor comprensión de la intimidad del P. Feijoo, a la potencia y eficacia de su obra. En ella la objetividad de la ciencia, la surrección de la naturaleza determinada por la razón y a la razón acompasada, es posible gracias a la oculta energía de una íntima dedicación metafísica y teológica. La conciencia de la dignidad del hombre entre las esferas y categorías de las crituras, llevó a Feijoo, encarnación del espíritu benedictino, a despertar en la perezosa y distraída España el gusto y deber eminente del ejercicio de la razón, nota singular, privilegio del hombre. Quien invoca la razón supone la ciencia. Un deber, y aun más que un deber, un fuego de caridad no confesado en proyectos redentores y desde el primer instante abierto y generoso, lleva al Padre Feijoo a derrocar los errores comunes cuya pretenciosa fábrica esconde la misma posibilidad de la operación cotidiana y enaltecedora de la inteligencia.

La naturaleza, más demoníaca que divina en el sentir de Aristóteles,

es en el P. Feijoo constante preocupación. Por su propio misterio y como objeto de la razón. La ingenuidad, la transparencia del carácter del Padre Maestro del *Teatro Crítico*, de las *Cartas Eruditas*, se advierten, para consuelo y edificación del lector, a la primera página, ya trate de la filosofía corpuscular, de los señalados hombres de ciencia falsamente acusados de magia, de la alegre y necesaria poda que debe realizarse en la viciosa y pedante vegetación de la enseñanza de la Lógica, de las normas de la moral, del saludable escepticismo en materias de medicina. Entre todos los saberes, el foco constante de las preocupaciones del Padre Maestro por encenderse en su hogar de saludable contradicción lo constante y lo incidental, lo eterno y lo efímero del hombre, y brindar al pensamiento el "modo" indiscernible en vigor de las relaciones del alma y el cuerpo... Apelamos, en este vago y ambioso enjuiciar sobre el P. Feijoo, al lector ingenuo y atento. Al que vuelve sobre una página de aparente monotonía didáctica y busca a través del sistemático llover argumental el canto de una fresca lluvia de abril en un espíritu de criatura profundamente agradecida a los beneficios y generosidad del Creador.

Llegamos tal vez demasiado pronto, en alas de una explicable impaciencia, al umbral de una definición. Mejor dicho, de los principios y supuestos de una posible definición. Por exigencia metódica, por respeto al sentir consagrado de la crítica sobre Feijoo, no pasamos, por el momento, más adelante. No habrá sido por completo inútil nuestra prospección aventurada. Por lo menos instalará justificadamente la constelación imperfecta, de vivas lumbres apasionadas y verdaderas de los escritos feijonianos, en el orbe de las ciencias de tema entrañablemente humano —lo que equivale a trágicamente humano, aunque por razones de metódica se evite la expresión—, denominadas, no sin reiterada y en general razonable oposición, "morales y políticas".

No responde solamente a un hábito, mejor que razón metódica, muy extendido y sancionado en Francia y en España, la denominación elegida por el Ateneo de Santander para una de sus Secciones. Aquélla motivada por el problema inmediato y mediato del hombre. Apenas enunciado, aun en sencillos o demasiado vagos términos, se nos descubre su constante actualidad, su decisivo interés. Se alienta y se vive en la temporal y posible oposición y mejor en la coexistencia en cuanto a las motivaciones fundamentales de las ciencias de la naturaleza y del espíritu.

Se discutirá siempre la razón de método, de objeto. Como a la simple insinuación del nombre de Feijoo, de su designio, de alguno de sus escritos-clave, surge en la mente el concepto de la "Ilustración" como característica lograda en programa triunfante en el siglo XVIII, no será ocioso recordar cómo la distinción remonta a la célebre Academia de Berlín. No es difícil, agrada, si bien lleva en sí un peligro, buscar y descubrir un juvenil romanticismo científico en las vivencias de los rumbos, por lo menos de los rumbos iniciales de la Ilustración, El mismo intento y decisión, a veces estoicamente cumplido, de arrancarse del pecho la saeta dolorosa y amada del entusiasmo, es un ademán típicamente romántico. Por lo menos de un estadio previo y general a cualquiera de las vocaciones románticas. Tendremos ocasión de elucidar tal vez cómo la regulada llama del espíritu de Feijoo no se coloreó nunca de esencias auténticamente románticas.

La Academia de Berlín al distinguir lo subjetivo y lo objetivo justifica en una relación no demasiado elemental la sustantividad de las ciencias morales y políticas. No es este el momento de seguir la polémica oculta y subyacente o propuesta y definida sobre la propiedad de una denominación vaga y hasta huidiza, pero también constante y de variaciones actualísimas. Como su amplio y viviente dominio de apasionantes fronteras indecisas. Influyó hondamente en el siglo pasado el libro de Ampère: *Essai sur la philosophie des sciences*, de 1834. Todas las ciencias se ordenan, en su sentir, alrededor de dos esenciales presencias y realidades, "mens" y "mundus". Las propias del espíritu son las ciencias noológicas. Hay sin duda mucho de ambiciosamente previo y gratuito en la distinción de Ampère. Pensemos en las graves e insignes aventuras del Idealismo. Sin olvidar cómo en Fichte se hace de la "acción", del operar, el principio supremo de la filosofía y de aquí ser justamente denominada su doctrina como un "reiner moralismus".

No pudo conocer Feijoo las aspiraciones ni la heroica aventura del Idealismo. Venía de muy lejos entrañado en el espíritu de la filosofía germánica. Ni aun percibieron su semilla y su larga vida prologal en el surco los mejores historiadores del XIX. Ni del movimiento de la Ilustración percibió mucho más, a pesar de su gusto por la lectura del amable Fontenelle, de lo determinado en su momento por la constante obligación de mantener despierta y vigilante la actividad de la inteligencia rectora en toda instancia de la vida. Prueba en el Maestro del

Teatro Crítico un período de anterior ascetismo con dolorosas renuncias, la misma insistencia en declarar su ninguna profesión en ninguna filosofía sistemática. Y cualquier sincero lector de Feijoo advierte con claridad que aumenta la estimación y el afecto, de qué suerte los sistemas, algunos brillantes sistemas, obras primas de equilibrio y ambición del entendimiento, le atraían, le tentaban.

Al preferir una libertad de raíces profundas e indiscutibles, al adoptar la estructura de exposición más próxima al "ensayo" —dudamos, a pesar de todo, entre el baconiano y el de Montaigne con sus juegos de arriesgado escepticismo—, el mismo Feijoo se avecina y profesa en los saberes morales cuya vaguedad de contornos lejos de denotar inmatura fase o método, proclama lo alto y lejano, entre amables y capciosas apariencias de su tema central e inexhausto: el conocimiento del hombre. Por conocer un alma daría Feijoo todos los posibles frutos del saber del mundo, como todas las flores de las virtudes, San Francisco de Asís por el privilegio sin par del martirio. De lo moral se deduce sin el menor esfuerzo lo "político". Y el carácter íntimo y el expresado, y la obra proyectada y no sólo la cumplida con ejemplar vigor en plena contradicción por el Padre Maestro, se asompasan a las normas muy amplias y muy reales aun sin estricta legislación de principios de los autores "moralistas" en el sentido usado en Francia y en Inglaterra. No autores de moral didáctica, ni tampoco "moralizantes", aunque no se aparten nunca de los designios de la teoría moral y de sus escritos; irradia, muchas veces sin propósito, una enseñanza ejemplar, directa o reflejada.

Quevedo y Gracián, Johnson y Addison, La Bruyère, Saint-Simon, Joubert,, se sitúan en la intención, en el alejamiento de lo magistral, en la pretensión al intimismo y tal vez en otra nota menos declarada, en aspirar a ser completados y vividos por el lector, en la línea flexuosa, no poco circense, elegante, por igual alejada de la pedantería y la vulgaridad, de las mejores y más sutiles páginas del Padre Feijoo. No digamos de la totalidad de sus escritos. En ellos se descubren páginas de trazado "incompletas", no poco melancólicas si recordamos ser su autor un profesional severo y exigente de la cátedra, momentos de confesiones de sinceridad acrecida por su carácter asistemático, constantes ejercicios de crítica en todas sus posibles situaciones, incluso la habilidad de escamotear el tema en ejercicio lúdico, no malicioso. La variedad de maneras expresivas aparece en Feijoo en amplios desarrollos determinados

por la obligación de esclarecer al lector o de atacar o defender, en puntos muy determinados y siempre clave de problemas de extensa resonancia. No olvidemos que Feijoo suscita un público, el primer público moderno en proporciones calculables, o coincide con el anhelo y la impaciencia de una disposición colectiva, la característica del público moderno. Y no sería la menor de las excelencias de Feijoo la de haber fortalecido un género vital y reservado a los fuertes en las letras españolas. Aun alienta, felizmente, entre nosotros la personalidad, de renovadas exigencias, de "Azorín". En último análisis —el que ratifica con garantías de permanencia la primera impresión— un moralista. Con sus admirables y casi angustiosos diarios, sus críticas tendidas al perfume y sombra de las cosas y las ideas, sus dramas de crepúsculo absorto en las vidrieras de la atención, la misma abstracta belleza de las mujeres —de la única mujer— de sus relatos novelísticos, que por la ausencia de la variable realidad femenina quedan en el tembloroso y encantador borde de la novela.

Hemos insistido y aun debemos volver sobre la escultura del espíritu de Feijoo por el clima de decisivos y absolutos contrastes del siglo XVII. Nace y alienta toda su juventud en el largo crepúsculo de la Casa de Austria. Ya envuelve, desde sus primeras percepciones, el sentimiento de una tristeza, orgullosa y grave en el ambiente familiar y señoril, señorío de campiña y corta población y por ello más enérgicamente burilado. Nunca podemos determinar en los diversos medios de la sociedad la vivencia diaria de un declive cultural que en la perspectiva histórica permite el cálculo de expresivas curvas de nivel. Galicia, la Galicia del Sur sobre todo, en las líneas del Miño inferior, del Limia y el Arnoya sufrió duramente en la terca y cruel guerra de la nueva frontera portuguesa. En aspectos y ejes centrales del carácter, el desaliento es dominado por la conciencia de la alcurnia, el orgullo que llega a aceptar la reiterada desgracia como eminente prueba, y el particular estoicismo de la hidalguía de firme raíz agrícola. Envuelto y transpuesto el pueblo en las coordenadas fantásticas de un mundo mágico, no se paraba a distinguir de hombres y servidumbres. El vivo recuerdo y experiencia de los arcaísmos perezosos de la administración de la anterior dinastía y sus reiteradas arbitrariedades, fortalece en la pluma, no fácil a la adulación, del benedictino los elogios a la gestión borbónica de la cosa pública. Confía en la seguridad lograda. Es en no pequeña latitud debida a sus con-

sejos. Los jesuitas amaron y defendieron al P. Feijoo en momentos difíciles. Basta recordar el nombre del P. Isla. La prematura muerte del P. Aguirre, S. J., en la flor de la edad, y las promesas de un generoso talento, atribuló al benedictino, quien muy anciano recibió el homenaje del P. Codorníu, denominado "el Gración del siglo XVIII", y en sus últimos días lúcidos se consolaba en la lectura de las páginas, iluminadas de un suave resplandor mariano, de otro hijo de San Ignacio, el muy nombrado y leído P. Segneri. La muerte piadosa libertó al Padre Maestro del dolor de velar de luto el epiteto de "grande" por su pluma propuesto para Carlos III, de haber llegado a su celda la nueva de la firma del decreto de expulsión de la Compañía.

Tiene Feijoo cinco años a la muerte de Calderón, diez con el apetito de escolar ensayándose en el mendrugo de la Gramática. Si los últimos y muy desvanecidos ecos de la excelsa dramaturgia española resuenan en la juventud de Feijoo —Candamo muere en 1704, Zamora en 1728—, el popular Cañizares rigurosamente coetáneo del Padre Maestro le precede catorce años en la tumba. Pensando y volviendo con gusto a pensar en el posible tratado de las amistades feijonianas, recordemos al doctor Martínez cuya intelectual simpatía a distancia y por ello más pura determinó la primera salida y dedicación de escritor público en el P. Feijoo. El prodigioso erudito, el maestro pródigo en agudísimas intuiciones, dueño de los principios de un método destinado a desvelar profundas y vivientes capas del alma popular, el actualísimo en los dominios de la Etnografía y la Lingüística, P. Martín Sarmiento, cerca de veinte años más joven que su amigo y maestro, le sobrevive solamente seis años. Y otros tantos, Torres Villarroel, niño y criado en Salamanca, como explica en su celebrada autobiografía, al tiempo de realizar Feijoo sus graves estudios teológicos en las ilustres aulas del San Vicente salmantino. Tres asturianos semejantes en el común designio y esencial temática de sus estudios, Campomanes, Jovellanos y Martínez Marina, tienen, respectivamente, a la muerte de Feijoo, 25, 20 y 10 años, y sobreviven al autor del *Teatro Crítico* cuyas directrices en variados aspectos continúan, 36 años el primero, 44 Jovellanos, que asiste al "principio del fin" del Régimen amado, sostenido y juzgado indestructible por Feijoo, y el último, ya avezado a las tormentas del XIX, casi 60.

Proyectan su triste vuelo —agorero del final del dominio español ul-

trapirenaico, las plumas de los diplomáticos, rubricando los tratados de Nimega, 1676, Ryswick, 1697—, sobre el nacimiento y sobre los días de estudiante teólogo de Feijoo, quien vive con encendida pasión borbonista los catorce críticos años de la guerra de Sucesión. Desde su Pasantía de Artes en el Colegio de San Salvador de Lérez casi asiste hora por hora a la espectacular batalla de Rande y estrepitosa quema de los galeones de la "flota de la plata", el 24 de octubre de 1702, gracias a los correos y vigilancia ante la posible invasión, y en Eslonza, antes, trata con guerrilleros filipistas. Alcanza, menos sus primeros once años, el reinado del último soberano de la Casa de Austria, muerto en el día simbólico y de hondo memento de los Difuntos de 1700; los 46 años del primer Borbón, los 13 de su admirado Fernando VI al que propone nombrar "El Justo" como "El Grande" a Carlos III, de cuyo reinado vive cinco años llenos de recuerdos de cuando le besó la mano de joven. En la perspectiva española, aun contando la restricción de horizontes impuesta en el tratado de Utrecht, se alza y curva, llega casi a cerrarse en clave para Feijoo, el sobrio arco de triunfo borbónico. Para el benedictino la vida del Estado se acompasa a las líneas generales, por lo menos a las exteriores de su triunfo como escritor. Excluídas las concordancias políticas, quienes hemos alentado en la primera juventud a la luz de la mañana entre ardiente y severa de la generación del 98, podemos con algún derecho imaginar los entusiasmos y esperanzas de Feijoo, estudiante, maestro, en el preludio e instauración de normas favorables al ambicionado imperio de la inteligencia.

No pudo alentar en lo íntimo de la crisis y nueva alborada intelectual, precursora del Idealismo, ni en las altas y casi inefables creaciones, como cúpulas inspiradas, del arte más allá del Rin. Era el sino de casi todo el Sur peninsular. En el año del nacimiento de Feijoo brilla Leibnitz en la corte de Hannover, sede de la más pura dicción alemana antes de Goethe. Algo alcanzó el Padre Maestro del pensamiento o quizá mejor de la actitud esencial del autor de la *Monadología* cuyo sistema sale al público en 1714. Quedan lejos, casi brillan en otro hemisferio ignoto, la *Pasión según San Mateo*, 1733, de Bach, que muere en el año central del siglo, ni los precursores ni los comienzos de Kant. Aun no alcanzaba los 40 el madrugador filósofo de Koenigsberg al morir Feijoo. Dos años antes, en 1762, salen el *Fingal* de Macpherson y el *Emilio*. Pen-

semos en los 85 años transcurridos desde la *Fedra*, de Racine, estrenada el 1677, el año de la muerte de Spinoza. Es espléndida y lenta, como la tarde sobre las pompas luisinas, la transformación. Se advierten las ideas nuevas y su potencia. No parece situarse la crisis en un término próximo a quienes conocieron en sus armoniosas fuentes o en reflejos prestigiosos la corte y el "aire" de Versalles. Más acá del Rin y aun en la nostálgicamente amada Inglaterra, el Padre Maestro se mueve con facilidad y gusto. Disfruta al darse cuenta de alcanzar un perfeccionamiento político que estima inmutable en sus ejes. No puede el agudo provincial estimar diferencias entre el tiempo de Luis XIV y el de Luis XV. En el mismo respeto los envuelve aunque permanezca bien alerta su crítica de las conductas morales. No teme, en el fondo respeta sus exigentes estructuras morales, las repúblicas patricias de diversos signos, Holanda, Ginebra, Venecia, ni le inquieta la segunda y "más gloriosa" revolución inglesa, de 1688. Confía en el sentido del pueblo inglés como en la pureza y valor del método baconiano. Asiste a la estupenda gigantomaquia hiperbórea de Pedro el Grande y Carlos XII. No les regatea elogios. No hace falta subir al Apolo desterrado de los griegos ni descender a los *Viajes del joven Anacharsis* para constatar el poder de abstracción y aventura redentora de los hielos del Norte.

Parece desconocer a su contemporáneo Montesquieu, el fino togado de espíritu penetrante. Sí conoce a Locke —el *Ensayo* es de 1690— y considera como serio enemigo estimando su ingenio y saber a Pedro Bayle; de Voltaire sólo alcanza su obra menos volteriana, la *Historia de Carlos XII*. Voltaire nacido 18 años después de Feijoo le sobrevive 14. Su longevidad —superada en cuatro años por la de Feijoo— atrae el recuerdo de Mayans, a ratos amigo, a ratos enemigo de Feijoo y fácilmente dispuesto a morder en su nombre y fama. El "solitario de Oliva" sobrevivió al Padre Maestro de Oviedo 17 años...

Descansemos de sincronismos y concordancias. Componen sucesivos paisajes importantes, no decisivos, a la correcta interpretación del P. Maestro. Movió en su contorno, un contorno de largo radio, mucha bulla. Fue auténtica piedra de escándalo y no le faltó a la gloria conseguida ninguna de las tópicas y siempre en su estrategia oportunista nuevas contradicciones, desde la acusación de impureza a la de impiedad, que la vuelven más calma y luminosa. Fuerte desde el comienzo, encendido en la propia convicción, inspirado y sostenido por la orden benedictina,

Feijoo liquidó para siempre la posibilidad de una polémica cerrada en nombre del criterio de autoridad. Las siguientes que no faltaron, aparecen apenas como imitaciones de la levantada contra el Padre Maestro y por él precisamente vencidas. He aquí, sin duda, uno de los motivos de la constante actualidad de los escritos y mejor de la posición de Feijoo hasta tiempos muy próximos a nosotros. Cuando el Padre Maestro más que ochentón coordinaba con fino deleite crepuscular los temas y discursos de los dos últimos volúmenes de sus *Cartas eruditas*, conocía muy bien la extensión y profundidad de su triunfo, podía con su larga y fina experiencia de moralista considerarlo en dimensión objetiva, no olvidaba ni despreciaba la inerte fuerza y terquedad del error y de la incomprensión. El triunfo pleno conseguido y disfrutado en la vejez no podía ni sorprenderle ni ofuscarle. Desde el primer instante no le desamparó la convicción de la nobleza, del deber, de su empresa. Si alguna vez temió el desamparo de los hombres y le dolió fraternalmente la muerte del doctor Martín Martínez en la misma línea de combate, no podía sentirse abandonado de Dios, ya que defendía y exaltaba la superior concesión divina, la inteligencia y su hermosa y trágica libertad. En el encendido luchar, en los duros "batideros", se le desvelaron al mismo tiempo facultades inéditas y horizontes antes no percibidos en la sociedad de su tiempo. Gustó del generoso vino y de la fría ceniza de las jornadas literarias. Si desterró fantasmas, miró de frente entes nuevos, como el público; con el público dialogó, con el gusto de lo nuevo y tendido al porvenir le tuvo presente en sus preferencias y método. De aquí la "contemporaneidad" prolongada, a la que hemos aludido, de sus escritos, y el favor concedido a las formas y teorías de la polémica; al amplio, sistemático y ejemplar sistema de la crítica feijoniana.

En momentos de lucha se apeló a la crítica feijoniana desenvuelta en ambiente y designio de renovación. El XIX vio en la polémica del *Teatro* y las *Cartas* el esquema teórico, el argumento del conflicto y reiterado caso de conciencia, en que alentó la España del siglo tendido de los "Caballeritos de Azcoitia" a la generación del 98, del "Filósofo Rancio" al P. Montaña.

No era una trivial, interesante y sólo para las reputaciones y vanidades, peligrosa guerra o guerrilla literaria. Las hubo a montones. Son pálidas y desvanecidas curiosidades, ni siquiera de apreciable valor psico-

lógico. En la de Feijoo se tocan las esencias mismas del ser de la cultura y la realidad española en la historia, y muchas de ellas son discutidas por vez primera. No podríamos ni de paso aludir a la pregunta no formulada, o sólo a medias formulada, desde el ejercicio de métodos sólo posibles en nuestros días, de si la verdadera entraña de lo español, profundo y enigmático, aparece en algún momento de la polémica decimonónica. Con justicia pudo aparecer Feijoo como portador de la antorcha de la libertad o de la llama encendida en el hogar de la tradición. Despertó nuevos mundos a Blanco-White y era lectura en los refectorios clericales. En el celo de muchos rigurosos críticos eclesiásticos se salva de la sospecha de peligrosa superficialidad mundana considerada como vicio de muchos círculos distinguidos del clero del XVIII final, mientras en extensas capas de fieles aun en 1881, el erigirse su estatua en Orense se creía casi audacia y desafío, y a los mejores y más leales intérpretes del benedictino, les costaba trabajo alejar de su memoria el dictado de "Voltaire español", propuesto con demasiada prisa de brillante fórmula definitiva por don Alberto Lista y difundido gracias a su magistral prestigio.

Sería importante —no podemos ni aun iniciarlo— el estudio de los vivos meandros y playas de olvido en el fluir de la estimativa de Feijoo desde sus devotos funerales, y el atenuarse con la muerte de sus últimos discípulos y contertulios la impresión directa de su palabra y presencia. Casi personalmente alienta, y no sólo en caracteres al estilo del conde de Campomanes o de Jovellanos, en los escritores de la época de Carlos III, de Carlos IV. Macanaz casi más que nonagenario lee a Feijoo en el calabozo del islote de San Antón, en La Coruña. Su lectura ocupaba en gabinetes y celdas en el Madrid, en la España encendida en nuevas lumbres apasionadas en los años que corren de las opulencias casi cenitales de los días de Carlos III a las inquietudes inmediatas al San José y al Dos de Mayo de 1808. Extranjeros de nombradía y prolongada resonancia como Segur ensalzan a Feijoo, para cuya fama traída y llevada, a veces sin respeto, en la contienda de los partidos del primer XIX, pocas veces se alza un juicio e informaciones tan medidas y evocadoras como las que inspiran el discurso inaugural de Curso universitario de Oviedo del doctor Anchoriz.

No podíamos olvidar los escritos suscitados por las brillantes fiestas orensanas dedicadas a conmemorar el segundo centenario del nacimiento

de Feijoo en 1876 ,y continuadas al ser inaugurada su estatua once años después. A la liza literaria concurrieron con el reposado, metódico y objetivo de don Miguel Morayta dos escritos insignes: el apasionado y sintetista con que la entonces joven señora doña Emilia Pardo Bazán iniciaba su caudalosa carrera en la prosa, y el concebido según ejes de rígida moral y expresión estoica a lo moderno de doña Concepción Arenal. Si en 1876 se contraponen un generoso eclecticismo católico y un riguroso doctrinalismo liberal, en 1881, la Sra. Pardo Bazán, ya diestra conductora de equipos novelescos, obtiene en su discurso magistral de los Juegos Florales una cupular y meridiana visión de la obra de Feijoo, paralela a la en los mismos días trazada desde el púlpito de la basílica auriense por don Marcelo Macías, en oración grave, inspirada, digna de los elogios fúnebres de Bossuet. Ambos escritos brillan, hace decenios, como clásicos. Y así son estimados por otro amicísimo de Feijoo, don Gregorio Marañón. Si la luz de su libro erudito, informado y cordialísimo como las *Ideas biológicas del P. Feijoo,* proyecta haces de luz de modernísimo espíritu de crítica simpatizante y creadora no sólo en los problemas propuestos, en otras páginas del gran doctor en tantas modernas humanidades se acusa, acude, aconseja, el inconfundible perfil del monje de Samos. También Marañón se perdió alegre y curioso de niño en la prolija selva de las páginas feijonianas. Los volúmenes del P. Maestro en las hermosas y frecuentes ediciones y reimpresiones del XVIII decoraron las librerías de conventos, prioratos y casonas, fueron a lo largo de más de siglo y medio distracción y tema de controversia. De niño alcanzó Marañón el envidiable privilegio de oír familiarmente a don Marcelino Menéndez Pelayo. Buen lector, y en todo momento lector agudísimo de Feijoo —como lo fue hasta no perder la vista don Juan Valera—, el autor de los *Heterodoxos* le trata a veces un poco bruscamente como a un viejo maestro con quien se tiene confianza y en cuyo carácter se estima, por encima de todas las diferencias de puntos de vista y niveles de atención, el fondo inalterable de la lealtad. Por su consecuencia con el genio y sentido entrañablemente español de la belleza, el autor de la *Razón del gusto,* del *No sé qué,* el "ciudadano libre de la República de las Letras", es digno, en la incomparable autoridad del maestro de la crítica, de dar su nombre a su siglo.

Notables estudios, ejercicios que no dudamos llamar de "gozoso análisis", dedican, siguiendo conforme a novísimos criterios al doctor

Marañón, los estudiosos de la historia de la Medicina en las laboriosas escuelas de las Universidades de Salamanca, de Valencia. Si en conjunto y creemos que, desde el XIX final, se lee poco a Feijoo no por eso deja de preocupar a cada nuevo planteamiento del problema de la cultura española. Y si para Salinas no pasa el benedictino de desvanecida sombra, de una amistad lejana, y Pérez de Ayala no le "siente" como vital presencia en el afectuoso pasado de sus Asturias, el maestro de las sutiles artes de evocación, "Azorín", le respeta y cree oír su voz afectuosa, autorizada por el tiempo y la noble lucha, y en Américo Castro, mejor que evocación, es la del Padre Maestro voluntad y acción inmediata de problemas cruciales.

Esperamos interpretaciones respetuosas y profundas del espíritu antes que de la obra del monje, cuya íntima y única recompensa hubiera sido el conocimiento de un alma. El desarrollo de la investigación espacial y atómica del espíritu, no menos revelado, ya que la cósmica, nos autoriza a una esperanza de firme y no tardío cumplimiento. Para los buenos lectores de Feijoo, y tal vez por motivos suscitados, no se ha publicado aún el ensayo decisivo, en cuanto a designio y profundo sentido de su carácter y proyección. No he tenido en párrafos anteriores la precaución de disimular una impaciencia y en ella implícita una promesa de desarrollo sobre una concepción de Feijoo como filósofo de la criatura y en una vivencia de pensamientos muy próxima a las finas urdimbres de Malebranche respecto de la bondad y generosa participación del Creador. Parece haber llegado el momento ineludible. La gravedad y hermosura del tema no deja a quien os habla seguir adelante. Se cree muy débil para la espléndida y desveladora empresa, intuyendo la verdad innegable de sus frutos, y espera del Curso, con tan fino sentido de las realidades del espíritu sobre los apasionantes problemas de la cultura española organizado por el Ateneo de Santander, una nueva y esclarecedora luz sobre lo íntimo e inexplorado del gran espíritu de quien, debelador de tantos mitos, creyó o quiso creer en el hermoso cuento de las lámparas inextinguibles.

RAMÓN OTERO PEDRAYO